

La segunda parte es un relato optimista dentro de la gravedad de la crisis. Hay elementos para la esperanza. El creyente puede encontrar líneas de trabajo para abordar los problemas de la fe en su vida personal y en la comunidad cristiana. Bien lo advierte el autor: no se trata de un recetario para salir de la crisis. Nadie lo tiene. Son principios generales que, una vez reflexionados y orados, pueden alimentar la esperanza del encuentro con Dios.

Creo que en las actuales circunstancias eclesiales, la lectura de este ensayo debe ayudar a los creyentes a ponerse en camino para ir construyendo alternativas reales a la crisis actual de la fe. Las oportunidades están ahí, a pesar de que los miedos nos pueden atenazar. Pero hoy seguimos estando llamados a dar signos de vida, allí donde otros se empeñan en aniquilar la tradición y riqueza de la vida cristiana. Uno de esos signos es este ensayo.—JAVIER RUIZ-SEIQUER, S.J.

SANDRA M. SCHNEIDERS, IHM, *Religious Life in a New Millennium. II Selling All. Commitment, Consecrated Celibacy, and Community in Catholic Religious Life*, Paulist Press, New York-Mahwah, N.J. 2001, xxvii + 471 pp. ISBN: 0-8091-3973-1.

Sandra M. Schneiders es profesora de Nuevo Testamento y espiritualidad en la escuela de Teología que los jesuitas dirigen en Berkeley. En su haber cuenta con un buen número de publicaciones sobre exégesis, espiritualidad y teología feminista. Ya era muy conocida en el terreno de la teología y la espiritualidad de la vida religiosa, entre otros escritos, gracias a su libro *New Wineskins: Re-imagining Religious Life Today* (Paulist Press, New York-Mahwah, N.J. 1986). Ahora nos propone una obra muy ambiciosa, en tres volúmenes. En el primero, ya publicado (2000), intenta situar hoy la vida religiosa en el actual contexto eclesial y cultural. El segundo, que ahora re-ensionamos, versa sobre los elementos constitutivos de la vida religiosa: compromiso de por vida, celibato consagrado y vida en comunidad. El tercero, que aún no ha visto la luz, estará dedicado a la acción de la vida religiosa sobre la cultura y la sociedad, así como a los votos de pobreza y obediencia. El conjunto de la obra supone, pues, un repensamiento de todas las cuestiones centrales que afectan hoy en día a la vida religiosa.

La autora indica claramente que se sitúa en el ámbito estadounidense, piensa desde él y escribe para él. Más aún, su interlocutor son las mujeres religiosas de congregaciones de vida activa, de impronta feminista, sin negar que otros se puedan beneficiar de sus reflexiones. Ciertamente esto se nota en el conjunto del libro, pues parte de la temática denota un marchamo propio de la situación que allí se vive, como puede ser el número suficientemente significativo de religiosas viviendo fuera de comunidades de la congregación por motivos de estudios o apostolado, o la tematización expresa y directa de la homosexualidad (tanto gays como lesbianas) en la vida consagrada.

El prefacio al conjunto de los tres volúmenes (ix-xviii) dibuja el panorama del conjunto de la obra y sus intenciones. Destaca la observación del cambio de situación entre los sesenta y setenta y los ochenta y noventa. La autora opina que estos

cambios hacían inviable una mera puesta al día de *New Wineskins*. La cuestión no versa ahora sobre el recipiente adecuado (odres nuevos), sino sobre el vino (la misma vida religiosa) en cuanto tal. Seguidamente, la introducción (xxi-xxiii) presenta el plan de este volumen, estructurado en tres partes.

La primera parte trata sobre el compromiso. Sigue el proceso ordinario de decisión de entrada y de incorporación de una posible candidata hasta la profesión. Así, dedica tres capítulos sucesivamente a «vocación y discernimiento» (1-33), «formación e incorporación» (34-77) y «compromiso y profesión» (78-114). Presenta un tratamiento sensato y coherente de la formación, que puede ayudar a formadoras y formandas, con muchas observaciones atinadas, en las que se conjuga el conocimiento práctico de la realidad sobre la que diserta, junto con la reflexión sobre la misma. Como especialmente atinado destacaría dos elementos interrelacionados. Como resultado del proceso postconciliar de renovación, la vida religiosa ha dejado de ser hoy en día una «institución total», que aislaba a sus miembros de cualquier otra relación significativa y unificaba en una pertenencia única y muy totalizante. Junto con ello, se ha estructurado en una gama muy variada de relaciones. De tal manera que se dan «zonas grises» de pertenencia e implicación congregacional, de participación en la misión, en la espiritualidad y el carisma. Existen los simpatizantes, los colaboradores, los asociados de diverso tipo, los voluntarios, etc. Esto sitúa el discernimiento vocacional y la identidad religiosa en otro contexto, y no puede menos que repercutir sobre la formación y sus demandas.

La segunda parte se ocupa del celibato consagrado y consta de cuatro capítulos. En el primero se estudia el «celibato como carisma» (117-159). Para Schneiders el celibato consagrado es lo propio, específico y distintivo de la vida consagrada. El núcleo más central e irreductible de su identidad teológica estaría aquí, del que se derivaría el carácter esponsal de la intimidad con Jesucristo, de la entrega de la totalidad de la persona a Jesús y a su plan salvador, en exclusividad y perpetuidad. Pudiendo ser esto en principio cierto, su discusión del asunto está lastrada por la minusvaloración del celibato disciplinar de los presbíteros (p. ej., 125-132). Para Schneiders del hecho de que sea una obligación disciplinar no se puede seguir nada bueno. De ahí que no lo pueda entender como un carisma, en personas también consagradas (cf. PO 2, 3, 5), excluyendo por definición que en la consagración de estos cristianos el celibato sea de hecho un factor fundamental. No cabe duda de que de la obligación disciplinar no se han seguido siempre las mejores consecuencias, pero también hay elementos disciplinares obligatorios en la vida consagrada. Hoy en día de hecho el voto de pobreza y obediencia, para la inmensísima mayoría de las congregaciones existentes, forma parte del «paquete» que se añade al celibato consagrado, si es que nos ponemos a entender así las cosas. Y de aquí no se deduce automáticamente que tales votos hayan de ser siempre elementos perniciosos o infantilizantes, o un añadido extrínseco e irracional. A la hora de hacer una reflexión teológica no me parece elegante presentar el celibato consagrado de las religiosas en su mejor versión y compararlo a un celibato sacerdotal denigrante y en sus peores realizaciones. El celibato consagrado de los sacerdotes puede ser un carisma y un don intrínseco o muy estrechamente unido a su vivencia y misión sacerdotal. A la hora de determinar sobre el plano de la reflexión teórica la idiosincrasia particular de la vida religiosa Schneiders se cuida muy mucho y siempre de cotejar la vida consagrada con la mejor versión del matrimonio cris-

tiano; me hubiera gustado que hiciera lo mismo con el ministerio ordenado, que para la Iglesia latina incluye como requisito el don del celibato ministerial (como la inmensa mayoría de la vida consagrada exige a sus candidatas la capacidad de vivir en comunidad, a pesar de que en el plano teórico se pueda dar, y en el práctico se dé, la posibilidad de formas de vida religiosa sin vida comunitaria).

Por otra parte, no cumulo del todo con la propuesta terminológica que Schneiders defiende (119-124). Prefiere la expresión «celibato consagrado», a «virginidad» o «castidad». Ella misma reconoce que el término «virginidad» expresa mejor que ningún otro la realidad de la pertenencia y la entrega total a Cristo, a lo cual añade que hoy «no funciona» en nuestro contexto cultural (122). Sin embargo, la VR está llamada a ser contracultural, profética e, incluso, poética, según ella misma defiende. Por lo tanto, no veo que haya de someterse a todas las reglas de lenguaje de nuestra cultura y menos si éste es el único argumento serio en contra. La misma Schneiders se contradice en la práctica y confiesa el hecho de su idoneidad, pues a lo largo del tratamiento de los temas ella misma usa con profusión el término «virginidad» (cf., p. ej., 178ss).

Habiendo definido el celibato consagrado como el núcleo central de la vida consagrada, Schneiders se ve obligada a hacer equilibrios. Pues ni la vida comunitaria ni la pobreza ni la obediencia ni la actividad apostólica pueden gozar de tal virtud. Además, ninguna de ellas puede estar intrínsecamente conectada con el celibato consagrado, pues entonces se sumarían estos elementos a la definición esencial de la vida religiosa. Sin embargo, de hecho se trata de aspectos de mucho peso teológico y práctico, y muy extendidos en la realidad actual de la VR apostólica. Schneiders lo resuelve mostrando su valor y su conexión estrecha, que no intrínseca, con el celibato. Más acertado me parece su insistencia en la importancia de la profesión y la consagración, como entrega total a Cristo dentro de un carisma y una congregación, por encima de los votos concretos (100-101).

En el capítulo quinto, segundo de esta parte, presenta el celibato consagrado como especialmente apropiado y característico de la espiritualidad y la idiosincrasia femenina (159-200). Desde una perspectiva feminista, entiende que la metáfora nupcial —que, evidentemente, entronca más suavemente con la virginidad que con el celibato consagrado— es muy propia de la espiritualidad de las mujeres. Para demostrarlo acude, entre otros, al *Cantar de los Cantares* (184-187), un libro que está recuperando su puesto en la vida espiritual.

Esta parte termina con dos capítulos sobre celibato y familia (201-247) y celibato y hogar (248-274). Se abordan cuestiones más concretas, muy leídas desde la situación de la VR femenina activa en Estados Unidos, con sentido teológico y apertura de miras. Me llama la atención que no valore oportunamente la dimensión escatológica del a VR (266-267). Si se entiende bien, no lleva a ninguna forma de huida del mundo, sino al contrario. El hecho de la asunción escatológica de la propia vida, de la historia y de la creación le da un peso enorme a nuestro compromiso y nuestra actuación, de tal manera que la dimensión escatológica de la VR, como la de la vida cristiana, implica una gran exigencia, a la vez que una gran liberación y una enorme esperanza.

En la tercera y última parte aborda la vida comunitaria. Parte de sus fundamentos bíblicos (277-306), proponiendo como guía conductora la amistad tal y como

aparece en el evangelio de Juan. Insiste en que la VR no es la única realidad comunitaria de la Iglesia. Los otros dos capítulos abordan aspectos más concretos de la vida comunitaria. Primero, desde la perspectiva del individuo (307-352). Aquí rechaza que la «vida común», que entiende como regulación monástica, sea un elemento esencial y propio de la VR. Propone, más bien, grupos congregacionales para vivir juntas, aunque también acepta alguna forma de vida solitaria (por razones ministeriales, de estudios o espirituales) y bajo ciertas condiciones. Segundo, desde la perspectiva corporativa (353-403). Explora modelos de vida comunitaria, intentando aprender de la enorme experiencia postconciliar. Subraya la importancia de encontrar formas valiosas de compartir la fe y de lograr una articulación positiva de vida comunitaria y apostolado.

El libro termina con una breve conclusión (405-407) a la que siguen las notas (409-446), la lista de la bibliografía citada (447-462) y un índice analítico (463-471). No entiendo por qué no se nos proporciona un índice general ordinario, con los epígrafes de los capítulos, que ayudaría mucho a orientarse en la lectura.

En conjunto, y por encima de las divergencias que he señalado, estamos ante una contribución muy seria sobre espiritualidad y teología de la VR. Schneiders se maneja con soltura en la teología, la exégesis, la espiritualidad, la realidad actual y la historia de la VR. Defiende sus posturas con argumentos y razonamientos, y no se deja llevar de las modas. Dado el enorme influjo de Estados Unidos, también en el ámbito de la VR, su lectura es muy recomendable, pues llevan años de experiencia con cuestiones que aquí están empezando, como la formación de candidatas en edad madura y con mucha experiencia de la vida a sus espaldas. Ojalá vivamos también el aumento de candidatas, que Schneiders dice haberse dado por esos lares en los últimos cinco años.—GABINO URIBARRI, S.J.